

## La influencia de China en el nuevo escenario mundial

Xulio Ríos

Resumen: China está de vuelta en el escenario internacional y no solo como productora de mercancías que hace llegar a todos los rincones del planeta sino con el abanderamiento de un discurso y una estrategia singular y diferenciada. La emergencia de China como nuevo actor global plantea importantes disyuntivas y la resolución de los retos que plantea definirá el tono principal de las relaciones internacionales en el siglo XXI. La gestión de las tensiones en su vecindario inmediato y la consolidación de los acrónimos de diverso signo a los que ha dado vida en los últimos años y en los que se adivina su presencia dinamizadora indicarán la trascendencia efectiva de su emergencia.

Palabras clave: China, política exterior, sistema internacional, orden alternativo global, diplomacia, relaciones internacionales.

China desempeña un papel cada día más importante en los asuntos internacionales. Atrás parece quedar definitivamente la observación de la máxima de Deng Xiaoping de “no portar la bandera ni encabezar la ola” o, si se prefiere, “esconde tu fuerza, espera tu momento”. Básicamente desde 2008, año de celebración de los Juegos Olímpicos en Beijing, durante el mandato de Hu Jintao (2002-2012), China puso rumbo a una política diplomática más incisiva y más en consonancia con su condición de segunda potencia económica mundial (mejorando, pero aun en la posición 91 en términos de índice de desarrollo humano).

Como factores desencadenantes de esa nueva actitud, entre otros, podríamos citar: 1) el inicio de una nueva fase de su desarrollo económico que exige una mayor presencia en los mercados exteriores no solo a través de la comercialización de sus productos sino también de sus inversiones; 2) la necesidad de trasladar a la gobernanza global y sus actores la dimensión alcanzada en el plano económico; 3) la disposición de renovadas capacidades que le permiten desempeñar un papel más activo en ámbitos hasta entonces periféricos o secundarios; 4) una nueva vuelta de tuerca al nacionalismo chino que aspira a un reconocimiento global de su revitalización y a la definitiva superación de los diferendos del pasado y que cercenaron tanto su territorio como el proyecto de modernización. El sueño chino es también el de recuperar su debida posición en el escenario internacional.

Si bien los ejes de su política exterior se mantienen prácticamente incólumes –con la no injerencia en los asuntos internos de otros países como columna vertebral-, en los últimos años ese carácter más incisivo ha tenido repercusiones palpables en diferentes áreas. Así, por ejemplo, podríamos citar: la mayor influencia de la moneda china con

una importancia consolidada tras la reciente inclusión en la cesta de los Derechos Especiales de Giro del FMI, el aumento de su cuota y participación en las decisiones de los principales organismos financieros, el impulso de nuevos acrónimos geopolíticos como la Organización de Cooperación de Shanghai, la Conferencia sobre Interacción y Medidas de Confianza en Asia-Pacífico, los BRICS, los foros con América Latina y África, una renovada presencia en Europa a través de los PECO, etc. En paralelo, en el orden estratégico y de seguridad, afirma sus vastas ambiciones de poder y soberanía en los mares de China en rivalidad directa con Japón, Filipinas y Vietnam, principalmente. También con EEUU, mientras fortalece su connivencia con Rusia para limitar la influencia estadounidense en el mundo, acompañada de una mejora sustancial y progresiva de sus capacidades militares, especialmente navales. Complementariamente, ambiciosos proyectos como la revitalización de las Rutas de la Seda –terrestre y marítima- con la creación de corredores económicos que abarquen Asia, Europa y África o el Banco Asiático de Inversión en Infraestructuras (BAII) dibujan mecanismos quizás solo complementarios para trazar nuevos ejes de construcción del orden internacional.

Esta China que promueve una diplomacia más extrovertida y segura dice no querer desafiar el orden existente y se considera a sí misma parte del sistema basado en unas Naciones Unidas, incluidas sus instituciones y normas globales, a las que contribuye cada día más, especialmente a sus misiones de paz. No obstante, también reconoce que en el orden vigente predominan los valores e intenciones de Occidente, lo cual no refleja con veracidad el momento presente, por lo que promueve un concepto alternativo del orden internacional.

¿Cómo actuará China en los años venideros? ¿Seguirá fiel a los principios diseñados en un tiempo en que su caracterización como país en desarrollo y de orientación socialista imponía la condena de la hegemonía o se inclinará por el ejercicio de un imperialismo de nuevo cuño? En la evolución del pensamiento estratégico chino pesa cada vez más su nuevo estatus global. De una parte, cabe reconocer que históricamente el Imperio del Centro mostró una rotunda desatención por el mundo exterior; también que esa desatención le costó el precio de la humillación y la derrota frente a las potencias extranjeras y que la reforma impulsada tras la muerte de Mao Zedong (1976) tiene en la apertura al exterior una variable irreversible que le impone cautelas y servidumbres nunca antes conocidas. De otra, reconoce las diferencias sistémicas existentes y no muestra el interés mínimo, a diferencia de la etapa maoísta, en involucrarse en pugnas ideológicas con repercusiones en la estabilidad propia y de terceros países; no obstante, la tensión emanada durante la posguerra fría con EEUU y Occidente, cristalizada en reveses diplomáticos importantes en países que van desde Libia a Myanmar, Ucrania, etc., comprometiendo sus intereses económicos a gran escala, pueden imponer otras actitudes. Por último, las nuevas preocupaciones de seguridad le están obligando a adoptar decisiones, ciertamente impensables hace pocos años. Por ejemplo, en Sudán del Sur, a donde envió un primer batallón de infantería en mayo de 2015, o en Yibuti, donde ha instalado un primer “punto de apoyo logístico” (equiparable a una base) en el

exterior para proteger una arteria vital para su comercio, o un compromiso con la lucha contra el terrorismo que le impone la creación de sus propios destacamentos armados “privados” –y la colaboración con empresas de mercenarios- para suplir los déficits de su cooperación con terceros países.

Tres insistencias

La elección de Xi Jinping (2012) al frente del PCCh se ha traducido de inmediato en un gran impulso integral a la diplomacia china, con mensajes, acciones y giras del nuevo liderazgo que evidenciaron desde el primer momento una clara voluntad de desarrollar una visión propia que tenga en cuenta tanto su trayectoria histórica como la necesidad de avanzar con los tiempos y mostrar una sensibilidad más acusada a la hora de establecer compromisos internacionales en temáticas de alcance universal.

La primera insistencia está relacionada con la realización del sueño chino de la revitalización nacional y sus implicaciones globales. La coordinación de la situación nacional e internacional se formula sobre la base de la interacción armoniosa con el mundo ya que solo en un ambiente internacional de paz se puede culminar adecuadamente la modernización del país. En este sentido, la ratificación de los principios de nunca pretender la hegemonía ni practicar la expansión sin por ello renunciar a los derechos e intereses legítimos constituye el núcleo del pensamiento estratégico. La apuesta por el desarrollo pacífico quiere desmentir la amenaza china. El mensaje de que China no aspira a mejorar su status nacional y global a costa de los intereses de terceros países quiere ganar profundidad y rotundidad en un momento de crisis económica global que impone a todos los países la necesidad de efectuar profundas reformas pero se advierte matizada por la enunciación de “intereses vitales” – sin margen para la negociación- que concreta posibles espacios de confrontación.

La segunda insistencia relevante es la defensa de la diversidad y el diálogo entre civilizaciones como algo valioso y protegible. En sus visitas a la UNESCO o al Colegio de Europa, Xi Jinping instó al aprendizaje mutuo y la tolerancia como claves para la comprensión. Este punto de vista tiene una dimensión histórica y cultural, pero también contemporánea y plural, inspirando el compromiso con la solución política de los conflictos, huyendo de presiones y de intervenciones militares externas que solo pueden empeorar la situación. Asimismo, en otro plano, implica respetar el derecho de los pueblos a elegir de manera independiente su camino de desarrollo y oponerse a la intervención en los asuntos internos de otros países. No hay una modalidad de desarrollo de validez universal, ni un camino de desarrollo inalterable, asegura Xi quien de esta forma quiere también validar la singularidad del modelo chino y lograr su aceptación como expresión de normalidad democrática.

La tercera insistencia es el concepto de comunidad de destino común, que vendría a ilustrar no solo la condición objetiva del mundo en que vivimos en el que la interdependencia es un hecho irrefutable a la vista de las consideraciones económicas, energéticas o climáticas, sino a promover la apertura y la inclusividad como dinamizadores de una cooperación en beneficio mutuo que tanto tiene manifestaciones globales como regionales con el desarrollo sostenible como clave de entendimiento principal.

Estas tres insistencias han tenido consecuencias prácticas en el accionar más reciente de la diplomacia china. El propio Xi Jinping ha protagonizado numerosas giras a diversos

puntos del globo expresando estos puntos de vista y alentando propuestas y fórmulas destinadas a reformar e innovar en mecanismos y procedimientos de actuación que resulten en mejoras de la gobernanza global a todos los niveles, priorizando el desarrollo y la lucha contra la pobreza, considerados auténticos fundamentos de la paz y la seguridad. Asimismo, Xi viene significando la importancia de optimizar el diseño al más alto nivel, identificando la orientación y objetivos y estableciendo un patrón científico para lograr una cooperación lo más enriquecida posible. En tal sentido, puede decirse que el nuevo liderazgo chino ha supuesto en variados campos un nuevo punto de inflexión histórico.

#### Un nuevo modelo de relaciones internacionales

Entre las demostraciones prácticas cabe destacar la preocupación por establecer un nuevo modelo de relaciones internacionales que tanto tenga en cuenta la estructuración de un nuevo tipo de relaciones entre países grandes como la atención debida a los países pequeños para preservar la necesaria igualdad, y que tanto valora aspectos de alcance como la seguridad nuclear como la lucha por la superación de los desequilibrios y las desigualdades que están en el origen de no pocas tensiones internacionales. Ese nuevo modelo presta suma atención al diseño de una política general pero igualmente adaptada a las situaciones concretas. En relación a EEUU, por ejemplo, actor clave en esta ecuación, sortear la trampa de Tucídides fomentando el diálogo y la comunicación entre las respectivas sociedades para desactivar los mutuos prejuicios se ha convertido en un imperativo. Asimismo, profundizar el entendimiento y la cooperación con Rusia o establecer marcos de diálogo creativo con la UE han sido constantes importantes. Incluso con Japón, pese a las discrepancias a propósito de la historia o las disputas territoriales, el fomento de una relación volcada hacia el futuro y con fundamentos sólidos representa un vector que guía el actuar de China, si bien no siempre con éxito.

En ese nuevo modelo de relaciones internacionales, China ha fomentado la habilitación o consolidación de mecanismos de diálogo con diversas regiones (África, América Latina, Países Árabes, PECO...) huyendo del establecimiento de zonas de influencia y preservando esa comunidad de destino como *leit motiv* de unas propuestas centradas en el desarrollo económico y el aumento de la confianza política con un hilo de continuidad evidente entre la política exterior y las transformaciones internas que vive el país y de las que, complementariamente, pueden beneficiarse extensas áreas del planeta en la medida en que sean capaces de idear proyectos que absorban los excesos de capacidad china, especialmente en el ámbito de las infraestructuras.

Esta dinámica refleja con claridad la impronta del impulso diplomático, acompañada anualmente de giras al máximo nivel y la profundización de los intercambios educativos, culturales, etc. Todo ello es expresión de una nueva dinámica que no solo afecta a los actores sino también a los contenidos, es decir, se trata de innovar e interactuar para que la cooperación sea más integral y explote al máximo el potencial de la relación bilateral trascendiendo una etapa inicial caracterizada por la escasa diversidad.

El auspicio de grandes proyectos transformadores como “la Franja y la Ruta” (de la Seda) o el BAI (Banco Asiático de Inversión en Infraestructura) demuestran la ambición del nuevo liderazgo, el propósito de coadyuvar al desarrollo y sumar recursos de todo tipo para generar nuevos procesos históricos con implicaciones geopolíticas y geoeconómicas. La disposición de capacidades por parte de China para transformar Asia y el mundo y propiciar una espiral de desarrollo de forma concertada con más de medio centenar de países constituye un ejemplo de diplomacia multilateral orientada al bien

público que no tiene antecedentes. En tal sentido, en las últimas visitas cursadas a Kazajstán, Rusia o Bielorrusia, el presidente Xi mostró la determinación de facilitar la yuxtaposición y ensamblaje sin rupturas de la integración económica euroasiática. Y en foros como APEC defendió la idoneidad de su propuesta para crear un marco regional de colaboración abierta, inclusiva, equilibrada y mutuamente beneficiosa. La puesta en funcionamiento del Fondo de la Ruta de la Seda o la apertura de la sede del BAII en Beijing evidencian que no son solo palabras o un brindis al sol. En breve sabremos si su desarrollo cumple con las lógicas expectativas que ha despertado.

Se complementan estos proyectos con el impulso a nuevos acrónimos que viven momentos iniciales o de renacimiento. Es el caso de los BRICS, por ejemplo, una prioridad de la diplomacia china para abrir camino a otro orden internacional, nutriendo el consenso político y gestionando acciones concretas como los nuevos instrumentos financieros (Nuevo Banco de Desarrollo o el acuerdo sobre la reserva de divisas). Es el caso también de la OCS (Organización de Cooperación de Shanghai), renovada con proyectos –y socios- que van más allá de la seguridad y que afectan al orden de la logística y el transporte, el comercio y la inversión, el ámbito financiero o la energía o también la seguridad alimentaria o la cultura y la comunicación. Y es el caso de la CICA (Conferencia sobre Interacción y Medidas de Confianza en Asia), donde Xi propuso un concepto de seguridad en la región basada en la seguridad común, global, cooperativa y sostenible.

La participación en el G20 le ha permitido a China explicar mejor la naturaleza de su proceso interno (una crisis con cambio de modelo), con una desaceleración de la economía que es, en buena medida, resultado de la propia iniciativa reguladora tomada por el país para avanzar en la reforma estructural y, complementariamente, en base al concepto de comunidad de destino común, auspiciar medidas para lograr un crecimiento sostenible de la economía mundial integrando los intereses de todos para ser equilibrado, perfeccionando la gobernanza económica global. Lo que en China llaman la “nueva normalidad” es expresión de un nuevo ciclo del desarrollo de su economía y puede generar nuevas oportunidades globales, de igual forma que la inclusión del yuan en los derechos especiales de giro suma un poco más a China a la arquitectura financiera global. La intensificación de las reformas internas y una mayor involucración global son dos caras de una misma moneda. Aun así, las capacidades de incidencia efectiva de China son limitadas.

En otras cumbres, como la del clima en París (2015), China mostró una firme voluntad de compromiso que ya se manifestara con anterioridad al suscribir una declaración conjunta con EEUU en este sentido. La firme determinación de promover un desarrollo sostenible exige la aplicación de políticas internas relacionadas con este problema pero igualmente la coordinación bilateral y multilateral que abra camino a la transición hacia una economía verde y con bajo consumo de carbono. Los dos frentes figuran en la agenda china.

Una posición internacional de China más significada

El balance general es que a pesar de las dificultades internas del proceso de reforma, que no son pocas ni menores, la posición internacional de China se ha elevado de forma significativa tras el XVIII Congreso del PCCh (2012), estableciendo las bases conceptuales, orgánicas y las propuestas de un nuevo tiempo transformador. Ello simboliza una incorporación más activa de China al acontecer global y revelará la utilidad y valor de la diplomacia para que los objetivos generales de este periodo

histórico, quizá el más decisivo de toda la reforma iniciada en 1978, alcancen el debido cumplimiento.

Asimismo, en los conflictos que con diversa intensidad asolan la realidad internacional (Siria, Irán y Oriente Medio, Afganistán, península coreana, etc.), la asistencia china para auspiciar conversaciones de paz ofrece esperanzas para hallar soluciones duraderas que tengan en cuenta las particularidades e intereses locales y no tanto las ambiciones externas. Aun así, a pesar de la vocación anunciada, existe una profunda asimetría en cuanto a sus capacidades de influencia y su incorporación será progresiva.

Sin sumar el factor exterior y la acción diplomática a la profundización integral de la reforma, deshaciendo malentendidos con los países grandes, mejorando las relaciones de vecindad, agrandando la cooperación con los países en vías de desarrollo, participando de forma activa en los asuntos multilaterales, implicándose en la solución de dramáticos conflictos que sacuden la conciencia internacional, en definitiva, sin la apuesta consecuente por el desarrollo pacífico, las posibilidades de éxito del conjunto del proceso de reforma resultarían alarmantemente menores. China necesita del mundo más que nunca en toda su historia.

La acción diplomática impulsada a instancias del nuevo liderazgo chino refuerza la convicción de que el proceso que contempla construir una China moderna, desarrollada y regida por la ley forma parte de la misma tendencia de la época que apunta al establecimiento de un nuevo modelo de relaciones internacionales cuyo epicentro debe ser el desarrollo pacífico.

Se trata a día de hoy de una diplomacia proactiva que no escatima esfuerzos. A modo de ejemplo, solo en 2015, el presidente Xi visitó 10 países en 4 continentes y asistió a 9 conferencias internacionales. Un proceder que refuerza la idea de China como un socio estratégico confiable en los planos bilateral, regional y mundial para auspiciar el desarrollo y rediseñar el orden mundial mediante la identificación de sinergias a través del diálogo y la negociación. Todo un modelo que brinda grandes oportunidades a pesar de la subsistencia de las diferencias en cuanto a sistema social, tradición cultural o ideología que ni obligatoriamente deben disolverse como azúcarillo en el agua ni por ello pueden devenir en obstáculo insalvable para acrecentar la cooperación. Esa diversidad, que nos enriquece a todos, puede sin embargo dificultar la gestión de la incorporación de China a los asuntos globales, siempre a medio camino entre la cooperación y la contención.

#### Agujeros negros

A día de hoy, la posición internacional de China se dilucida en dos tableros. El primero es su propia vecindad en la que diferentes tensiones ponen en cuestión su propia diplomacia y habilidad. A los diferendos con Japón por las islas Diaoyu/Senkaku se suman las disputas en el Mar de China meridional por el control de diversos archipiélagos que le enfrentan con varios países del sudeste asiático. Tradicionalmente, la posición de Beijing se asoció al aparcamiento de la controversia por la soberanía y la sugerencia de habilitación de marcos de explotación conjunta de los recursos de la zona; sin embargo, su consideración ahora de “intereses vitales” evoca una intensidad mayor a la hora de apostar por la soberanía. El segundo foco de atención es la península coreana. La persistencia del desafío nuclear por parte de Kim Jong-un coloca a Beijing en una complicada tesitura. La diplomacia china apuesta por la desnuclearización y por resucitar el diálogo hexagonal, pero ni una ni otra propuestas avanzan sobre el terreno.

Por el contrario, la falta de un diálogo directo Pyongyang-Washington y la aparente pérdida de influencia de China en el aliado norcoreano suman incertidumbres en el último vestigio de la guerra fría. En uno y otro caso, EEUU encuentra motivos más que suficientes para anudar sus alianzas militares con Corea del Sur, Japón, y también Filipinas o Vietnam, ampliables a Australia, con miras a contener a China con el argumento del peligro que supone Corea del Norte o unas ambiciones en los mares próximos que pondrían en cuestión la “libertad de navegación”. Washington y Seúl negocian el despliegue de un sistema avanzado antimisiles que socavaría seriamente los intereses de seguridad de China obligándola a asumir una carrera armamentista que no desea.

EEUU y Filipinas anunciaron recientemente un acuerdo para facilitar la presencia de las tropas del primero en cinco bases filipinas, incluyendo una cercana a las islas Spratley/Nansha, en el mar de China meridional. China acusa también a EEUU de estar detrás del arbitraje sobre este contencioso iniciado por Filipinas tras señalar que el fallo que próximamente emitirá la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya representará un momento crítico para el futuro.

El retorno de EEUU a Asia-Pacífico encuentra en estas tensiones el argumento idóneo para justificar el masivo traslado de capacidades militares a la zona en un ejercicio de contención evidente. China apuesta por una solución pacífica a las controversias, mediante consultas y negociaciones, pero la asimetría de los actores y la falta de confianza operan en su contra.

Tampoco conviene perder de vista el problema de Taiwan. La reunificación es otro “interés vital” y bajo ningún concepto aceptará el PCCh que el actual status quo se eternice. La reciente victoria soberanista en la isla en enero último pone fin a ocho años (2008-2016) de entendimiento bilateral sobre la base de la cooperación entre las viejas formaciones antaño enemigas (comunistas y nacionalistas), abriendo un periodo de incertidumbre. Lo único seguro en el futuro inmediato del Estrecho de Taiwan es que Beijing presionará a las nuevas autoridades taiwanesas para que acepten de palabra y de obra la renuncia a la independencia.

El segundo tablero es el global y afecta a sus capacidades para establecer aliados, superar escenarios de confrontación, viabilizar propuestas alternativas que colmen las expectativas a un desarrollo más equilibrado y sostenible y definan, en suma, los contornos del sistema de relaciones internacionales del siglo XXI. Pieza clave de todo ello es la evolución de la relación con EEUU en la que prima un doble impulso caracterizado por una mejora del entendimiento económico y comercial pero también por una intensificación de la desconfianza estratégica. La negativa china a conformar un G2 –liderado naturalmente por EEUU.- y su resistencia a integrarse en sus redes de dependencia apostando por el mantenimiento a todo trance de su soberanía y un modelo político que no renuncia al liderazgo del PCCh aventuran un dilatado y sostenido pulso por la influencia global.

La estrategia china en este sentido parece apostar por ganar influencia en la periferia siguiendo una estrategia envolvente similar al “cerco a las ciudades” practicado en el periodo revolucionario. De una parte, haciendo de la economía su punta de lanza –la ideología, aunque presente, desempeña un papel secundario-, promueve los intercambios comerciales con sus socios de regiones como América Latina, África u Oriente Medio; por otra, procura abrir quiebras entre los aliados occidentales, cultivando las relaciones con Europa (Alemania, Reino Unido...), con especial

atención a los PECO (países de Europa Central y Oriental), o Australia, al tiempo que afianza la relación con Rusia con la energía como motor esencial. La asunción de mayores responsabilidades globales en asuntos que preocupan como la seguridad nuclear, la lucha contra el terrorismo o el cambio climático eludiendo la confrontación directa y apostando por la cooperación expresan un interés inocultable por la elevación de su presencia e influencia global.

No todo es pacífico, sin embargo. Si bien todos reconocen que el triunfo de la estrategia interna que apuesta por un cambio en el modelo de desarrollo depende en gran medida del éxito en los proyectos exteriores que apuntan a crear escenarios de cooperación mucho más complejos de lo común con apuestas por la inversión, cooperación en capacidad productiva o impulso a las infraestructuras decisivas para crear nuevos mercados, las voces críticas no faltan a nivel interno. Así, por ejemplo, el consagrado hábito de complementar las giras internacionales de los principales dirigentes con generosas promesas de inversiones y fondos múltiples cuando la situación en el interior reviste cierta complejidad son calificadas por algunos de despilfarro en un país que aun tiene más de 50 millones de pobres... Los efectos que los cambios políticos en terceros países tienen sobre la cooperación con China (véase hoy Argentina pero mañana podría ser Venezuela) ameritarían la temeridad de una diplomacia demasiado estrecha con socios inestables y en los que la relación con China parte aguas entre unas y otras fuerzas.

Igual imprudencia se atribuiría a los problemas creados para la seguridad de China debidos a un mal manejo de las tensiones en Corea del Norte o la torpeza derivada de los posicionamientos más asertivos defendidos en los mares de China que están facilitando la plasmación de frentes de oposición liderados por EEUU (atrayendo incluso a países como Vietnam) en vez de persistir en la tradicional apuesta por otorgar la prioridad a la explotación de los recursos y a un código de conducta que pueda ser asumido por todas las partes y con garantías.

## Conclusión

China manifiesta en los últimos tiempos un activismo diplomático que alcanza muchas áreas transitando rápidamente de ser un mero participante en el sistema internacional a ser un activo promotor de iniciativas. Es el reflejo de su nueva posición en el mundo pero también una necesidad para intentar contornar la influencia de sus rivales estratégicos apoyándose en una red de nuevas instituciones de diverso orden (financiero, político, de seguridad) y un vasto plan económico que compiten con las instituciones y planes de Occidente. Beijing es consciente de que iniciativas como el TPP –que EEUU firmó en 2015 con 11 países de la cuenca del Pacífico- o el TTIP –que actualmente negocia con la UE- brindan capacidades añadidas a Washington para establecer nuevas reglas comerciales y para rediseñar el sistema de comercio mundial, hechos a los que no quiere permanecer ajena optando por plantar cara.

En un tiempo récord, al igual que hizo previamente con mecanismos culturales orientados a promover su poder blando –los institutos Confucio- China actualiza un discurso y una estrategia con vistas a recuperar una posición central en el sistema internacional.

El éxito de esta política dependerá de muchos factores, pero todo apunta a que será un proceso largo que afronta como principal riesgo la situación interna. La tentación a finiquitar la posguerra fría con un golpe de mano (en Taiwan o en relación a las disputas territoriales en sus mares contiguos) en función de una agenda económica interna en la que priman las dificultades estructurales o de un mal cálculo de las reacciones posibles de terceros no es baladí. La inestabilidad interna provocada por una deficiente gestión del reto democratizador podría activar un nacionalismo que por el momento está sometido a control por el PCCh pero que igualmente es observado con preocupación por los países vecinos.

El incremento de la influencia global de China, previsible a salvo de un derrape en su proceso interno, será progresivo y por bastante tiempo seguirá identificando la economía como principal exponente. Defensora de la multipolaridad, China, aquejada aun de numerosos problemas internos que le mantendrán absorta durante muchos años, no aspira a desempeñar un papel hegemónico –tanto por razones conceptuales como porque le viene grande- pero si a que se le reconozca su condición de “país importante”. Por otra parte, su modelo no es exportable y carece igualmente de la vocación mesiánica propia de las trayectorias occidentales del mundo de la guerra fría. Aun así, reconociendo que China no pretende establecer una nueva hegemonía, no cabe duda de que erosionará de forma consciente y progresiva la hegemonía occidental que prima en el sistema internacional desde hace varios siglos. Será entonces, con la recuperación de cierto equilibrio, cuando su modernización se habrá completado a la par que el cierre del periodo de decadencia iniciado abruptamente con aquellas guerras del Opio con las que Occidente quiso simbolizar el fin de su tiempo.

Xulio Ríos es director del Observatorio de la Política China, [www.politica-china.org](http://www.politica-china.org)

### **Bibliografía**

Cornejo, Romer, China, radiografía de una potencia en ascenso, El Colegio de México, 2008.

Daniel Oviedo, Eduardo, China em expansión, Universidad Católica de Córdoba (Argentina), 2005.

Needham, Joseph, Dentro de los cuatro mares, el diálogo entre Oriente y Occidente, siglo XXI de España editores, 1975.

Ríos, Xulio (ed.), Política exterior de China, La diplomacia de una potencia emergente, Biblioteca de China contemporánea, edicions Bellaterra, 2005.

Ríos, Xulio, Bienvenido, Míster Mao, Ediciones Akal, 2014.

A influencia de China no novo escenario mundial

Xulio Ríos

Resumen: China está de volta no escenario internacional e non só como produtora de mercadorías que fai chegar a todos os recunchos do planeta senón co abandeiramento dun discurso e unha estratexia singular e diferenciada. A emerxencia de China como novo actor global suscita importantes disxuntivas e a resolución dos retos que suscita definirá o ton principal das relacións internacionais no século XXI. A xestión das tensións na súa veciñanza inmediata e a consolidación dos acrónimos de diverso signo aos que deu vida nos últimos anos e nos que se adiviña a súa presenza dinamizadora indicarán a transcendencia efectiva da súa emerxencia.

Palabras chave: China, política exterior, sistema internacional, orde alternativa global, diplomacia, relacións internacionais.

China desempeña un papel cada día máis importante nos asuntos internacionais. Atrás parece quedar definitivamente a observación da máxima de Deng Xiaoping de “non portar a bandeira nin encabezar a ola” ou, si prefírese, “esconde a túa forza, espera o teu momento”. Basicamente desde 2008, ano de celebración dos Xogos Olímpicos en Beijing, durante o mandato de Hu Jintao (2002-2012), China puxo rumbo a unha política diplomática máis incisiva e máis en consonancia coa súa condición de segunda potencia económica mundial (mellorando, pero aínda na posición 91 en termos de índice de desenvolvemento humano).

Como factores desencadeantes desa nova actitude, entre outros, poderíamos citar: 1) o inicio dunha nova fase do seu desenvolvemento económico que esixe unha maior presenza nos mercados exteriores non só a través da comercialización dos seus produtos senón tamén dos seus investimentos; 2) a necesidade de trasladar á gobernanza global e os seus actores a dimensión alcanzada no plano económico; 3) a disposición de renovadas capacidades que lle permiten desempeñar un papel máis activo en ámbitos ata entón periféricos ou secundarios; 4) unha nova volta de rosca ao nacionalismo chinés que aspira a un recoñecemento global da súa revitalización e á definitiva superación dos diferendos do pasado e que coutaron tanto o seu territorio como o proxecto de modernización. O soño chinés é tamén o de recuperar a súa debida posición no escenario internacional.

Aínda que os eixes da súa política exterior mantéñense practicamente incólumes -coa non inxerencia nos asuntos internos doutros países como columna vertebral-, nos últimos anos ese carácter máis incisivo ha ter repercusións palpables en diferentes áreas. Así, por exemplo, poderíamos citar: a maior influencia da moeda chinesa cunha importancia consolidada trala recente inclusión na cesta dos Dereitos Especiais de Xiro do FMI, o aumento da súa cota e participación nas decisións dos principais organismos financeiros, o impulso de novos acrónimos xeopolíticos como a Organización de Cooperación de Shanghai, a Conferencia sobre Interacción e Medidas de Confianza en Asia-Pacífico, os BRICS, os foros con América Latina e África, unha renovada presenza en Europa a través de PECOS, etc. En paralelo, na orde estratéxica e de seguridade, afirma as súas vastas ambicións de poder e soberanía nos mares de China en rivalidade directa con Xapón, Filipinas e Vietnam, principalmente. Tamén con EUA,

mentres fortalece o seu conivencia con Rusia para limitar a influencia estadounidense no mundo, acompañada dunha mellora substancial e progresiva das súas capacidades militares, especialmente navais. Complementariamente, ambiciosos proxectos como a revitalización das Rutas da Seda -terrestre e marítima- coa creación de corredores económicos que abarquen Asia, Europa e África ou o Banco Asiático de Investimento en Infraestruturas (BAII) debuxan mecanismos quizais só complementarios para trazar novos eixes de construción da orde internacional.

Esta China que promove unha diplomacia mais extravertida e segura di non querer desafiar a orde existente e considérase a si mesma parte do sistema baseado nunhas Nacións Unidas, incluídas as súas institucións e normas globais, ás que contribúe cada día máis, especialmente ás súas misións de paz. No entanto, tamén reconece que na orde vixente predominan os valores e intencións de Occidente, o cal non reflicte con veracidade o momento presente, polo que promove un concepto alternativo da orde internacional.

Como actuará China nos vindeiros anos? Seguirá fiel aos principios deseñados nun tempo en que a súa caracterización como país en desenvolvemento e de orientación socialista impoñía a condena da hexemonía ou se inclinará polo exercicio dun imperialismo de novo cuño? Na evolución do pensamento estratéxico chinés pesa cada vez máis o seu novo estatus global. Dunha parte, cabe reconecer que historicamente o Imperio do Centro mostrou unha rotunda desatención polo mundo exterior; tamén que esa desatención custoulle o prezo da humillación e a derrota fronte ás potencias estranxeiras e que a reforma impulsada trala morte de Mao Zedong (1976) ten na apertura ao exterior unha variable irreversible que lle impón cautelas e servidumes nunca antes coñecidas. Doutra, reconece as diferenzas sistémicas existentes e non mostra o interese mínimo, a diferenza da etapa maoísta, en involucrarse en pugnas ideolóxicas con repercusións na estabilidade propia e de terceiros países; no entanto, a tensión emanada durante a posguerra fría con EUA e Occidente, cristalizada en reveses diplomáticos importantes en países que van desde Libia a Myanmar, Ucraína, etc., comprometendo os seus intereses económicos a gran escala, poden impoñer outras actitudes. Para rematar, as novas preocupacións de seguridade estalle obrigando a adoptar decisións, certamente impensables fai poucos anos. Por exemplo, en Sudán do Sur, a onde enviou un primeiro batallón de infantaría en maio de 2015, ou en Yibuti, onde instalou un primeiro “punto de apoio loxístico” (equiparable a unha base) no exterior para protexer unha arteria vital para o seu comercio, ou un compromiso coa loita contra o terrorismo que lle impón a creación dos seus propios destacamentos armados “privados” -e a colaboración con empresas de mercenarios- para suplir os déficits da súa cooperación con terceiros países.

Tres insistencias

A elección de Xi Jinping (2012) á fronte do PCCh traducíuse de inmediato nun gran impulso integral á diplomacia chinesa, con mensaxes, accións e xiras do novo liderado

que evidenciaron desde o primeiro momento unha clara vontade de desenvolver unha visión propia que teña en conta tanto a súa traxectoria histórica como a necesidade de avanzar cos tempos e mostrar unha sensibilidade máis acusada á hora de establecer compromisos internacionais en temáticas de alcance universal.

A primeira insistencia está relacionada coa realización do soño chinés da revitalización nacional e as súas implicacións globais. A coordinación da situación nacional e internacional formúlase sobre a base da interacción harmoniosa co mundo xa que só nun ambiente internacional de paz pódese culminar adecuadamente a modernización do país. Neste sentido, a ratificación dos principios de nunca pretender a hexemonía nin practicar a expansión sen por iso renunciar aos dereitos e intereses lexítimos constitúe o núcleo do pensamento estratéxico. A aposta polo desenvolvemento pacífico quere desmentir a ameaza chinesa. A mensaxe de que China non aspira a mellorar o seu status nacional e global a costa dos intereses de terceiros países quere gañar profundidade e rotundidade nun momento de crise económica global que impón a todos os países a necesidade de efectuar profundas reformas pero advírtese matizada pola enunciación de “intereses vitais” -sen marxe para a negociación- que concreta posibles espazos de confrontación.

A segunda insistencia relevante é a defensa da diversidade e o diálogo entre civilizacións como algo valioso e protexible. Nas súas visitas á UNESCO ou ao Colexio de Europa, Xi Jinping instou á aprendizaxe mutua e a tolerancia como claves para a comprensión. Este punto de vista ten unha dimensión histórica e cultural, pero tamén contemporánea e plural, inspirando o compromiso coa solución política dos conflitos, fuxindo de presións e de intervencións militares externas que só poden empeorar a situación. Así mesmo, noutro plano, implica respectar o dereito dos pobos a elixir de xeito independente o seu camiño de desenvolvemento e opoñerse á intervención nos asuntos internos doutros países. Non hai unha modalidade de desenvolvemento de validez universal, nin un camiño de desenvolvemento inalterable, asegura Xi quen desta forma quere tamén validar a singularidade do modelo chinés e lograr a súa aceptación como expresión de normalidade democrática.

A terceira insistencia é o concepto de comunidade de destino común, que viría ilustrar non só a condición obxectiva do mundo en que vivimos no que a interdependencia é un feito irrefutable á vista das consideracións económicas, enerxéticas ou climáticas, senón a promover a apertura e a inclusividade como dinamizadores dunha cooperación en beneficio mutuo que tanto ten manifestacións globais como rexionais co desenvolvemento sostible como clave de entendemento principal.

Estas tres insistencias han ter consecuencias prácticas no accionar máis recente da diplomacia chinesa. O propio Xi Jinping ten protagonizado numerosas xiras a diversos puntos do globo expresando estes puntos de vista e alentando propostas e fórmulas destinadas a reformar e innovar en mecanismos e procedementos de actuación que resulten en melloras da gobernanza global a todos os niveis, priorizando o desenvolvemento e a loita contra a pobreza, considerados auténticos fundamentos da

paz e a seguridade. Así mesmo, Xi vén significando a importancia de optimizar o deseño ao máis alto nivel, identificando a orientación e obxectivos e establecendo un patrón científico para lograr unha cooperación o máis enriquecida posible. En tal sentido, pode dicirse que o novo liderado chinés supuxo en variados campos un novo punto de inflexión histórico.

#### Un novo modelo de relacións internacionais

Entre as demostracións prácticas cabe destacar a preocupación por establecer un novo modelo de relacións internacionais que tanto teña en conta a estruturación dun novo tipo de relacións entre países grandes como a atención debida aos países pequenos para preservar a necesaria igualdade, e que tanto valora aspectos de alcance como a seguridade nuclear como a loita pola superación dos desequilibrios e as desigualdades que están na orixe de non poucas tensións internacionais. Ese novo modelo presta suma atención ao deseño dunha política xeral pero igualmente adaptada ás situacións concretas. En relación a EUA, por exemplo, actor chave nesta ecuación, sortear a trampa de Tucídides fomentando o diálogo e a comunicación entre as respectivas sociedades para desactivar os mutuos prexuízos converteuse nun imperativo. Así mesmo, profundar o entendemento e a cooperación con Rusia ou establecer marcos de diálogo creativo coa UE foron constantes importantes. Ata con Xapón, pese ás discrepancias á mantenta da historia ou as disputas territoriais, o fomento dunha relación envorcada cara ao futuro e con fundamentos sólidos representa un vector que guía o actuar de China, aínda que non sempre con éxito.

Nese novo modelo de relacións internacionais, China fomentou a habilitación ou consolidación de mecanismos de diálogo con diversas rexións (África, América Latina, Países Árabes, PECO) fuxindo do establecemento de zonas de influencia e preservando esa comunidade de destino como leit motiv dunhas propostas centradas no desenvolvemento económico e o aumento da confianza política cun fío de continuidade evidente entre a política exterior e as transformacións internas que vive o país e das que, complementariamente, poden beneficiarse extensas áreas do planeta na medida en que sexan capaces de idear proxectos que absorban os excesos de capacidade chinesa, especialmente no ámbito das infraestruturas.

Esta dinámica reflexa con claridade a impronta do impulso diplomático, acompañada anualmente de xiras ao máximo nivel e o profundamento dos intercambios educativos, culturais, etc. Todo iso é expresión dunha nova dinámica que non só afecta aos actores senón tamén aos contidos, é dicir, trátase de innovar e interactuar para que a cooperación sexa máis integral e explote ao máximo o potencial da relación bilateral transcendendo unha etapa inicial caracterizada pola escasa diversidade.

O auspicio de grandes proxectos transformadores como “a Franxa e a Ruta” (da Seda) ou o BAI (Banco Asiático de Investimento en Infraestrutura) demostran a ambición do novo liderado, o propósito de coadxuvar ao desenvolvemento e sumar recursos de todo tipo para xerar novos procesos históricos con implicacións xeopolíticas e xoeconómicas. A disposición de capacidades por parte de China para transformar Asia

e o mundo e propiciar unha espiral de desenvolvemento de forma concertada con máis de medio cento de países constitúe un exemplo de diplomacia multilateral orientada ao ben público que non ten antecedentes. En tal sentido, nas últimas visitas cursadas a Kazajstán, Rusia ou Bielorrusia, o presidente Xi mostrou a determinación de facilitar a xuxtaposición e acomodo sen rupturas da integración económica euroasiática. E en foros como APEC defendeu a idoneidade da súa proposta para crear un marco rexional de colaboración aberta, inclusiva, equilibrada e mutuamente beneficiosa. A posta en funcionamento do Fondo da Ruta da Seda ou a apertura da sé do BAI en Beijing evidencian que non son só palabras ou un brinde ao sol. En breve saberemos si o seu desenvolvemento cumpre coas lóxicas expectativas que espertou.

Se complementan estes proxectos co impulso a novos acrónimos que viven momentos iniciais ou de renacemento. É o caso dos BRICS, por exemplo, unha prioridade da diplomacia chinesa para abrir camiño a outra orde internacional, nutrido o consenso político e xestionando accións concretas como os novos instrumentos financeiros (Novo Banco de Desenvolvemento ou o acordo sobre a reserva de divisas). É o caso tamén da OCS (Organización de Cooperación de Shanghai), renovada con proxectos -e socios- que van máis aló da seguridade e que afectan á orde da loxística e o transporte, o comercio e o investimento, o ámbito financeiro ou a enerxía ou tamén a seguridade alimentaria ou a cultura e a comunicación. E é o caso da CICA (Conferencia sobre Interacción e Medidas de Confianza en Asia), onde Xi propuxo un concepto de seguridade na rexión baseada na seguridade común, global, cooperativa e sostible.

A participación no G20 permitiulle a China explicar mellor a natureza do seu proceso interno (unha crise con cambio de modelo), cunha desaceleración da economía que é, en boa medida, resultado da propia iniciativa reguladora tomada polo país para avanzar na reforma estrutural e, complementariamente, en base ao concepto de comunidade de destino común, auspiciar medidas para lograr un crecemento sostible da economía mundial integrando os intereses de todos para ser equilibrado, perfeccionando a gobernanza económica global. O que en China chaman a “nova normalidade” é expresión dun novo ciclo do desenvolvemento da súa economía e pode xerar novas oportunidades globais, de igual forma que a inclusión do yuan nos dereitos especiais de xiro suma un pouco máis a China á arquitectura financeira global. A intensificación das reformas internas e un maior involucramento global son dúas caras dunha mesma moeda. Aínda así, as capacidades de incidencia efectiva de China son limitadas.

Noutros cumios, como o do clima en París (2015), China mostrou unha firme vontade de compromiso que xa se manifestase con anterioridade ao subscribir unha declaración conxunta con EUA neste sentido. A firme determinación de promover un desenvolvemento sostible esixe a aplicación de políticas internas relacionadas con este problema pero igualmente a coordinación bilateral e multilateral que abra camiño á transición cara a unha economía verde e con baixo consumo de carbono. As dúas fronteiras figuran na axenda chinesa.

Unha posición internacional de China máis significativa

O balance xeral é que malia as dificultades internas do proceso de reforma, que non son poucas nin menores, a posición internacional de China elevouse de forma significativa tralo XVIII Congreso do PCCh (2012), establecendo as bases conceptuais, orgánicas e as propostas dun novo tempo transformador. Iso simboliza unha incorporación máis activa de China ao acontecer global e revelará a utilidade e valor da diplomacia para que os obxectivos xerais deste período histórico, quizá o máis decisivo de toda a reforma iniciada en 1978, alcancen o debido cumprimento.

Así mesmo, nos conflitos que con diversa intensidade abordan a realidade internacional (Siria, Irán e Oriente Medio, Afganistán, península coreana, etc.), a asistencia chinesa para auspiciar conversacións de paz ofrece esperanzas para achar solucións duradeiras que teñan en conta as particularidades e intereses locais e non tanto as ambicións externas. Aínda así, malia a vocación anunciada, existe unha profunda asimetría en canto ás súas capacidades de influencia e a súa incorporación será progresiva.

Sen sumar o factor exterior e a acción diplomática á profundización integral da reforma, desfacendo malentendidos cos países grandes, mellorando as relacións de veciñanza, agrandando a cooperación cos países en vías de desenvolvemento, participando de forma activa nos asuntos multilaterais, implicándose na solución de dramáticos conflitos que sacoden a conciencia internacional, en definitiva, sen a aposta consecuente polo desenvolvemento pacífico, as posibilidades de éxito do conxunto do proceso de reforma resultarían alarmantemente menores. China necesita do mundo máis que nunca en toda a súa historia.

A acción diplomática impulsada a instancias do novo liderado chinés reforza a convicción de que o proceso que contempla construír unha China moderna, desenvolvida e rexida pola lei forma parte da mesma tendencia da época que apunta ao establecemento dun novo modelo de relacións internacionais cuxo epicentro debe ser o desenvolvemento pacífico.

Trátase a día de hoxe dunha diplomacia proactiva que non escatima esforzos. A modo de exemplo, só en 2015, o presidente Xi visitou 10 países en 4 continentes e asistiu a 9 conferencias internacionais. Un proceder que reforza a idea de China como un socio estratéxico confiable nos planos bilateral, rexional e mundial para auspiciar o desenvolvemento e redeseñar a orde mundial mediante a identificación de sinerxías a través do diálogo e a negociación. Todo un modelo que brinda grandes oportunidades malia a subsistencia das diferenzas en canto a sistema social, tradición cultural ou ideoloxía que nin obrigatoriamente deben disolverse como azucre no auga nin por iso poden devir en obstáculo insalvable para acrecentar a cooperación. Esa diversidade, que nos enriquece a todos, pode con todo dificultar a xestión da incorporación de China aos asuntos globais, sempre a medio camiño entre a cooperación e a contención.

Buracos negros

A día de hoxe, a posición internacional de China se dilucida en dous taboleiros. O primeiro é a súa propia veciñanza na que diferentes tensións poñen en cuestión a súa propia diplomacia e habilidade. Aos diferendos con Xapón polas illas Diaoyu/Senkaku súmanse as disputas no Mar de China meridional polo control de diversos arquipélagos que lle enfrontan con varios países do sueste asiático. Tradicionalmente, a posición de Beijing asociouse ao aparcamento da controversia pola soberanía e a suxestión de habilitación de marcos de explotación conxunta dos recursos da zona; con todo, a súa consideración agora de “intereses vitais” evoca unha intensidade maior á hora de apostar pola soberanía. O segundo foco de atención é a península coreana. A persistencia do desafío nuclear por parte de Kim Jong-un coloca a Beijing nunha complicada tesitura. A diplomacia chinesa aposta pola desnuclearización e por resucitar o diálogo hexagonal, pero nin unha nin outra propostas avanzan sobre o terreo. Pola contra, a falta dun diálogo directo Pyongyang-Washington e a aparente perda de influencia de China no aliado norcoreano suman incertezas no último vestixio da guerra fría. Nun e outro caso, EUA atopa motivos máis que suficientes para anudar as súas alianzas militares con Corea do Sur, Xapón, e tamén Filipinas ou Vietnam, ampliables a Australia, con miras a conter a China co argumento do perigo que supón Corea do Norte ou unhas ambicións nos mares próximos que poñerían en cuestión a “liberdade de navegación”. Washington e Seúl negocian o despregue dun sistema avanzado antimísiles que socavaría seriamente os intereses de seguridade de China obrigándoa a asumir unha carreira armamentista que non desexa.

EUA e Filipinas anunciaron recentemente un acordo para facilitar a presenza das tropas do primeiro en cinco basees filipinas, incluíndo unha próxima ás illas Spratley/Nansha, no mar de China meridional. China acusa tamén a EUA de estar detrás da arbitrase sobre este contencioso iniciado por Filipinas tras sinalar que o fallo que proximamente emitirá a Corte Permanente de Arbitraje da Haia representará un momento crítico para o futuro.

O retorno de EUA a Asia-Pacífico atopa nestas tensións o argumento idóneo para xustificar o masivo traslado de capacidades militares á zona nun exercicio de contención evidente. China aposta por unha solución pacífica ás controversias, mediante consultas e negociacións, pero a asimetría dos actores e a falta de confianza operan na súa contra.

Tampouco convén perder de vista o problema de Taiwan. A reunificación é outro “interese vital” e baixo ningún concepto aceptará o PCCh que o actual status quo se eternice. A recente vitoria soberanista na illa en xaneiro último pon fin a oito anos (2008-2016) de entendemento bilateral sobre a base da cooperación entre as vellas formacións outrora inimigas (comunistas e nacionalistas), abrindo un período de incerteza. O único seguro no futuro inmediato do Estreito de Taiwan é que Beijing premerá ás novas autoridades taiwanesas para que acepten de palabra e de obra a renuncia á independencia.

O segundo taboleiro é o global e afecta ás súas capacidades para establecer aliados, superar escenarios de confrontación, viabilizar propostas alternativas que colmen as

expectativas a un desenvolvemento máis equilibrado e sostible e definan, en suma, os contornos do sistema de relacións internacionais do século XXI. Peza chave de todo iso é a evolución da relación con EUA na que prima un dobre impulso caracterizado por unha mellora do entendemento económico e comercial pero tamén por unha intensificación da desconfianza estratéxica. A negativa chinesa a conformar un G2 - liderado naturalmente por EUA.- e a súa resistencia a integrarse nas súas redes de dependencia apostando polo mantemento por forza da súa soberanía e un modelo político que non renuncia ao liderado do PCCh aventuran un dilatado e sostido pulso pola influencia global.

A estratexia chinesa neste sentido parece apostar por gañar influencia na periferia seguindo unha estratexia envolvente similar ao “cerco ás cidades” practicado no período revolucionario. Dunha parte, facendo da economía a súa punta de lanza -a ideoloxía, aínda que presente, desempeña un papel secundario-, promove os intercambios comerciais cos seus socios de rexións como América Latina, África ou Oriente Medio; por outra, procura abrir fendas entre os aliados occidentais, cultivando as relacións con Europa (Alemaña, Reino Unido...), con especial atención aos PECO (países de Europa Central e Oriental), ou a Australia, á vez que afianza a relación con Rusia coa enerxía como motor esencial.

A asunción de maiores responsabilidades globais en asuntos que preocupan como a seguridade nuclear, a loita contra o terrorismo ou o cambio climático eludindo a confrontación directa e apostando pola cooperación expresan un interese inocultable pola elevar a significación da súa presenza e influencia global.

Non todo é pacífico. Aínda que todos recoñecen que o triunfo da estratexia interna que aposta por un cambio no modelo de desenvolvemento depende en gran medida do éxito nos proxectos exteriores que apuntan a crear escenarios de cooperación moito máis complexos do común con apostas polo investimento, cooperación en capacidade produtiva ou impulso ás infraestruturas decisivas para crear novos mercados, as voces críticas non faltan a nivel interno. Así, por exemplo, o consagrado hábito de complementar as xiras internacionais dos principais dirixentes con xenerosas promesas de investimentos e fondos múltiples cando a situación no interior reviste certa complexidade son cualificadas por algúns de desbalde nun país que aínda ten máis de 50 millóns de pobres... Os efectos que os cambios políticos en terceiros países teñen sobre a cooperación con China (véxase hoxe Arxentina pero mañá podería ser Venezuela) ameritarían a temeridade dunha diplomacia demasiado estreita con socios inestables e nos que a relación con China parte augas entre unhas e outras forzas.

Igual imprudencia atribuíríase aos problemas creados para a seguridade de China debidos a un mal manexo das tensións en Corea do Norte ou a torpeza derivada dos posicionamentos máis asertivos defendidos nos mares de China que están facilitando a plasmación de fronte de oposición liderados por EUA (atraendo ata a países como Vietnam) no canto de persistir na tradicional aposta por outorgar a prioridade á

explotación dos recursos e a un código de conduta que poida ser asumido por todas as partes e con garantías.

## Conclusión

China manifesta nos últimos tempos un activismo diplomático que alcanza moitas áreas transitando rapidamente de ser un mero participante no sistema internacional a ser un activo promotor de iniciativas. É o reflexo da súa nova posición no mundo pero tamén unha necesidade para intentar contornar a influencia dos seus rivais estratéxicos apoiándose nunha rede de novas institucións de diversa orde (financeira, política, de seguridade) e un vasto plan económico que compiten coas institucións e plans de Occidente. Beijing é consciente de que iniciativas como o TPP -que EUA asinou en 2015 con 11 países da conca do Pacífico- ou o TTIP -que actualmente negocia coa UE- brindan capacidades engadidas a Washington para establecer novas regras comerciais e para redeseñar o sistema de comercio mundial, feitos aos que non quere permanecer allea optando por plantar cara.

Nun tempo récord, do mesmo xeito que fixo previamente con mecanismos culturais orientados a promover o seu poder brando -os institutos Confucio- China actualiza un discurso e unha estratexia con vistas a recuperar unha posición central no sistema internacional.

O éxito desta política dependerá de moitos factores, pero todo apunta a que será un proceso longo que afronta como principal risco a situación interna. A tentación a finiquitar a posguerra fría cun golpe de man (en Taiwan ou en relación ás disputas territoriais nos seus mares contiguos) en función dunha axenda económica interna na que priman as dificultades estruturais ou dun mal cálculo das reaccións posibles de terceiros non é menor. A inestabilidade interna provocada por unha deficiente xestión do reto democratizador podería activar un nacionalismo que polo momento está sometido a control polo PCCh pero que igualmente é observado con preocupación polos países veciños.

O incremento da influencia global de China, previsible a salvo dun derrape no seu proceso interno, será progresivo e por bastante tempo seguirá identificando a economía como principal expoñente. Defensora da multipolaridade, China, aqueixada aínda de numerosos problemas internos que lle manterán absorta durante moitos anos, non aspira a desempeñar un papel hexemónico -tanto por razóns conceptuais como porque lle vén grande- pero si a que se lle recoñeza a súa condición de “país importante”. Por outra banda, o seu modelo non é exportable e carece igualmente da vocación mesiánica propia das traxectorias occidentais do mundo da guerra fría. Aínda así, recoñecendo que China non pretende establecer unha nova hexemonía, non cabe dúbida de que erosionará de forma consciente e progresiva a hexemonía occidental que prima no sistema internacional desde fai varios séculos. Será entón, coa recuperación de certo equilibrio, cando a súa modernización completárase á vez que a pechadura do período de

decadencia iniciado abruptamente con aquelas guerras do Opio coas que Occidente quixo simbolizar o fin do seu tempo.

Xulio Ríos é director do Observatorio de la Política China, [www.politica-china.org](http://www.politica-china.org)

### Bibliografía

Cornejo, Romer, China, radiografía de una potencia en ascenso, El Colegio de México, 2008.

Daniel Oviedo, Eduardo, China en expansión, Universidad Católica de Córdoba (Argentina), 2005.

Needham, Joseph, Dentro de los cuatro mares, el diálogo entre Oriente y Occidente, siglo XXI de España editores, 1975.

Ríos, Xulio (ed.), Política exterior de China, La diplomacia de una potencia emergente, Biblioteca de China contemporánea, edicions Bellaterra, 2005.

Ríos, Xulio, Bienvenido, Míster Mao, Ediciones Akal, 2014.